

Marzo 5/2004

EL SOLDADO EN ÉPOCAS DE TERRORISMO

Por Agustín Saavedra Weise

Como señala Jordis von Lohausen, terror es el ataque a indefensos. Es esquivar la fuerza directa del adversario y golpear contra sus partes más sensibles. Un ejército no se deja aterrorizar, una población sí. Para evitar esto último, en tiempos pasados los soldados bastaban, hoy en día ello ya no es posible. Llamados a proteger, los soldados no pueden dar más la protección requerida: el terrorismo ataca en cualquier parte, en cualquier momento, con frialdad, crueldad y sin ética.

Para el ser humano en general y para el combatiente en particular, la guerra tiene sentido solamente si protege a su patria del enemigo. Y en ese contexto, la familia es fundamental. Mientras el soldado sepa que al pelear protege a los suyos, se batirá con bravura. Si las vidas de sus seres queridos pueden ser alcanzadas en la retaguardia sin previo aviso y sin auxilio inmediato, la voluntad tiende a flaquear. La guerra es razonable mientras asegure protección, preponderantemente la de mujeres y niños. Si pierde esta condición, pierde su sentido. Y este es el caso ocasionado por el terrorismo, que implacablemente golpea por detrás y dónde menos se lo espera, desmoralizando así al luchador en el frente.

El cómo lidiar con el terror al mismo tiempo que se libra una guerra abierta contra ese mal es uno de los aspectos que más preocupa hoy a los estados mayores y estrategas. Hay que estimular la moral se dice, pero ésta tiene pocos estímulos concretos si el soldado sabe que su lucha puede ser estéril, que mientras está lejos su familia corre peligro.

Esta arma del terror y del ataque sorpresivo en la retaguardia, con todo lo terrible que resulta no es novedosa. Se la ha empleado a lo largo del tiempo y -lamentablemente- siempre con eficacia. Liddell Hart comenta que luego de la toma de Atlanta y con la arrasadora marcha sobre Georgia que dispuso el general Sherman en 1864 durante la guerra de secesión norteamericana, el espíritu de lucha del rebelde soldado confederado quedó seriamente minado, pues percibió que los ejércitos de la Unión amenazaban directamente a sus pueblos y familias en la retaguardia. Si no se protege a los propios, no hay por qué luchar.

Así ganaron los ingleses (1899-1902) su guerra en Sudáfrica. Incapaces de terminar con la resistencia de los tenaces bóers (colonos descendientes de holandeses), asaltaron por sorpresa a sus familias y las encerraron en campos de concentración que para los niños resultaron en la mayoría de los casos mortales y por millares. Rechinando los dientes en su impotencia y desgracia, los bóers se dieron por vencidos y Londres obtuvo su victoria.

Esa misma impotencia de los bóers en 1902 pasó a ser la crisis del soldado en todos los conflictos del futuro: no puede cubrir más a la patria y a la familia con su cuerpo. Los suyos pueden ser matados a sus espaldas y eso doblega a cualquiera.

El terrorismo del Siglo XXI sigue esta tenebrosa tendencia de hacerse sentir en el bajo vientre, en la parte sensible y que más duele, en aquellos sitios donde no siempre está la sombrilla del soldado. Las luchas francas del pasado, las luchas con caballerosidad, hace rato que son cosa del pasado. La propia globalización hizo más terrible al terrorismo, a ese enemigo invisible que está y no está en todas partes, pero al que se lo debe combatir con el máximo de rigor. El soldado actual, al margen de la alta tecnología disponible, sigue teniendo pensamientos y sentimientos. De ahí el retorno de la vieja guerra psicológica que ya mencioné en un anterior trabajo. El terror procura vencer voluntades y quebrar espíritus. A veces lo ha logrado, hoy no podemos permitirlo.

-----0000----